

Estados Unidos busca cerrar la guerra con Irán en medio de tensiones con Europa

CISDE Campus Internacional para la Seguridad y la Defensa

Iván Mateos Navarro

1 de Abril



La evolución reciente de la guerra entre Estados Unidos e Irán apunta hacia una **fase de cierre operativo** que, sin embargo, está lejos de traducirse automáticamente en una estabilización del entorno regional o en una resolución política duradera. A medida que la campaña militar avanza, el discurso estadounidense ha comenzado a pivotar hacia la idea de un desenlace próximo, en un intento de enmarcar el conflicto dentro de un **horizonte temporal controlado**. No obstante, bajo esa narrativa de final cercano se **acumulan tensiones** que afectan tanto al desarrollo de las operaciones como a la cohesión del bloque occidental.

Desde Washington, el presidente Donald Trump ha señalado que el conflicto podría **concluir en un plazo de dos o tres semanas**, lo que sugiere que la Casa Blanca

considera que los principales objetivos militares están prácticamente alcanzados. Este planteamiento se apoya en la premisa de que la **degradación de las capacidades iraníes**, especialmente en lo relativo a infraestructuras militares sensibles y activos vinculados a su programa estratégico, ha llegado a un punto suficiente como para forzar un cierre del ciclo bélico. En la misma línea, el secretario de Estado Marco Rubio ha reforzado la idea de que ya se vislumbra el tramo final de la guerra, aunque ha evitado concretar plazos estrictos, dejando entrever que aún existen **fases operativas pendientes** antes de consolidar ese escenario.

Sin embargo, esta percepción de inminente final convive con una realidad mucho más compleja sobre el terreno. Las operaciones militares continúan en **distintos puntos del Golfo** y su periferia, con episodios de escalada que afectan tanto a infraestructuras energéticas como a rutas marítimas estratégicas. La implicación indirecta de actores no estatales alineados con Teherán, **desde Hezbollah hasta los hutíes**, ha contribuido a expandir el radio del conflicto, generando una dinámica de confrontación distribuida que dificulta cualquier intento de clausura rápida. En este sentido, aunque Estados Unidos pueda considerar que ha alcanzado sus objetivos principales, la capacidad de Irán para **proyectar presión a través de aliados** regionales introduce un factor de persistencia del conflicto que no depende exclusivamente del control militar convencional.

Además, el impacto de la guerra sobre la seguridad energética global sigue siendo un elemento central. Las **interrupciones parciales en el tráfico marítimo** y la volatilidad en los mercados energéticos han elevado la preocupación en múltiples capitales, especialmente en Europa, donde la dependencia de suministros externos convierte cualquier perturbación en un riesgo estratégico de primer orden. Este factor contribuye a explicar, en parte, la creciente **distancia entre Washington y sus aliados europeos**.

De hecho, uno de los rasgos más relevantes de esta fase del conflicto es el **deterioro visible de la cohesión transatlántica**, donde varios países europeos han adoptado posiciones de cautela o rechazo frente a la implicación directa en la campaña estadounidense. Francia e Italia han limitado el alcance de su cooperación, mientras que España ha impuesto restricciones claras al uso de su espacio aéreo y de determinadas instalaciones militares. Estas decisiones no responden solo a consideraciones técnicas,

también reflejan una **divergencia política más profunda** respecto a la naturaleza del conflicto y a los riesgos asociados a una escalada prolongada.

En el trasfondo de esta postura europea se encuentra una percepción crítica sobre el carácter unilateral de la intervención, ya que la **falta de un proceso de consulta** amplio previo al inicio de las operaciones ha generado recelos que ahora se traducen en una **cooperación selectiva y condicionada**. Al mismo tiempo, existe una preocupación creciente por las consecuencias a medio plazo, tanto en términos de estabilidad regional como de exposición a represalias indirectas, ya sea en forma de **ciberataques, presión migratoria o desestabilización** en el vecindario ampliado europeo.

La reacción estadounidense ante esta falta de alineamiento ha sido contundente, y tanto Trump como Rubio han lanzado **mensajes críticos hacia los aliados europeos**, cuestionando su compromiso y sugiriendo que esta actitud podría tener implicaciones en el futuro de la relación dentro de la OTAN. Este cruce de posiciones apunta a una **redefinición en curso del vínculo transatlántico**, donde la cuestión ya no es únicamente el reparto de cargas, sino la propia convergencia estratégica en escenarios de alta intensidad fuera del espacio euroatlántico.

En paralelo, comienzan a emerger indicios de **contactos indirectos entre Estados Unidos e Irán**, lo que sugiere que, pese al énfasis en la solución militar, existe conciencia en ambas partes de la necesidad de articular algún tipo de salida política. No obstante, estos contactos se mantienen en una fase incipiente y carecen, por ahora, de la estructura necesaria para convertirse en un proceso negociador formal. Esto refuerza la idea de que cualquier transición hacia la diplomacia estará condicionada por el balance final de las operaciones sobre el terreno.

Por otra parte, el calendario político interno estadounidense también juega un papel relevante en la gestión del conflicto, puesto que la insistencia en un desenlace cercano puede interpretarse como un intento de **evitar una prolongación que erosione el apoyo** interno o que introduzca incertidumbre en otros frentes estratégicos. En este marco, la presión por cerrar la guerra no responde únicamente a criterios militares, sino también a consideraciones políticas y de percepción.

La guerra de Irán se encuentra en una fase caracterizada por la **superposición de tres dinámicas principales**. Por un lado, Estados Unidos busca consolidar rápidamente los resultados obtenidos y traducirlos en un cierre operativo que **refuerce su posición estratégica**. Por otro, la naturaleza regionalizada del conflicto mantiene abiertos múltiples focos de tensión que pueden **prolongar la inestabilidad** más allá del final formal de las hostilidades. Finalmente, la divergencia con Europa introduce un elemento de fragmentación que podría tener efectos duraderos sobre la **arquitectura de seguridad occidental**.

Así, más allá del horizonte inmediato de dos o tres semanas planteado por Washington, la cuestión fundamental no reside tanto en cuándo terminará la guerra, sino en **cómo se configurará el escenario posterior**.